

Resumen

Recordará usted que al comienzo de nuestra jornada, hablamos de cuán atrevido es sondear la naturaleza de Dios. Esperamos que, a pesar de las formidables obstáculos hallados a lo largo del camino, hayamos progresado en la odisea que juntos hemos emprendido. Confesamos que ningún progreso podía haberse logrado, en nuestro estudio de Dios, de no ser porque Él mismo se ha revelado en Su creación, en Su Hijo y en las Escrituras. ¡Lo que Dios no ha revelado de sí mismo no lo podemos conocer —y punto! Esto hace que nos demos cuenta cabal de dos hechos. Primero, que somos completamente incapaces de llegar a conocerlo sin Su ayuda. Segundo, que podemos tener la seguridad de saber por la creación, que hay un Dios. Por medio de la Biblia podemos conocer cómo es Dios, y lo que Él desea que seamos. Esto explica nuestro continuo uso de la Biblia en el estudio que hacemos juntos.

Confío en que usted haya sido maravillado y se haya sentido sobrecogido, al igual que yo, ante el multifacético papel de Dios como Padre. Después de haber hurgado en las esquinas del tiempo en nuestros viajes, las vistas nos han mostrado que Dios es Padre eterno, Padre creador, Padre universal, Padre selectivo y Padre espiritual.

Nuestros corazones dieron un vuelco de alegría cuando atisbamos a través de las antiguas brumas del huerto del Edén, y observamos al hombre y a la mujer en su santa perfección primigenia —criaturas semejantes a Su Padre. Nos destrozó el corazón mirarlos desobedecer a Dios, ser desterrados, y sufrir las consecuencias de estar separados de Él. Nuestros ánimos revivieron cuando le dimos seguimiento a la paciente obra de Dios cuando procuraba rescatar a la humanidad caída. A pesar de la corrupción desenfundada, Dios salvó del

diluvio a unas pocas almas justas, por medio de Noé y el arca. A pesar de la idolatría y el paganismo, Dios persistió en Su gran propósito llamando a Abraham como la persona, a través de la cual Él comenzaría a guiar a Su pueblo por un nuevo rumbo (Gálatas 3.6–9). En la persona de Moisés, observamos a Dios salvaguardando a Su pueblo con una ley, la cual fue concebida para llevarlos finalmente al Mesías, a Cristo (Gálatas 3.23–25).

Luego le hicimos un seguimiento a la llegada al mundo, del Hijo de Dios, el cual nació de un modo singular. Cuando vino lo que Dios consideraba que era «el cumplimiento del tiempo», observamos a Su Hijo viniendo a la tierra con mayor resplandor que el sol de mediodía en su apogeo. De hecho, Su singularidad, grandeza, personalidad y gloria fueron tan convincentes, tan arrolladoramente *piadosas*, que incluso la refulgencia del sol fue ocultada tras un velo de tinieblas cuando este puro y justo Hombre se ofreció a sí mismo en sacrificio por los pecados del mundo (Marcos 15.33). La escena fue tan vívida, tan desgarradora, tan llena de elementos sobrenaturales, que hasta el centurión romano que estaba delante de Jesús, y que lo miró morir, dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Marcos 15.39).

Hemos andado en una increíble jornada. Ya hemos visto, por fin, a Dios presentarse Él mismo como el Padre espiritual de Jesús de Nazaret —pero, ¿termina aquí la historia? ¿Vino Jesús al mundo tan sólo para mostrar que Dios es Su Padre espiritual? Esta es una asombrosa revelación, digna de nuestra más grande alabanza y admiración. No obstante, hay más que ensancha nuestras mentes al máximo y causa que nuestros ánimos se eleven con gratitud y acción de gracias. Sabemos que Dios como Padre espiritual de Jesús que Él es, ofreció a

Su Hijo en sacrificio por nuestros pecados para que nosotros también pudiéramos tener a Dios como Padre espiritual *nuestro*. Esta es la culminación de la obra de Dios en medio de nosotros. En la medida que exista la dimensión tiempo, no habrá obra mayor que ésta. En los siglos que vendrán, no habrá otra era en la que Dios sea descrito en otro libro como la Biblia, ni en la que tome otro papel como Padre. En la era cristiana estamos experimentando la culminación de Su gran plan de redención. Es un plan asombroso. Es el punto culminante de la obra reconciliadora de Dios. Dios vio Su consumación en Cristo, aun antes de la creación del mundo.

Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado (Efesios 1.4–6).

¡Cuán grande y maravillosa obra hecha por un Dios lleno de gracia y de amor! Él nos ha proporcionado una manera como podemos llegar a ser Sus hijos. Él desea ser nuestro Padre espiritual. Del mismo modo que Él creó pura la humanidad, al comienzo de la existencia de la raza, Él anhela volvernos a crear. Él desea que estemos en Su familia. Él desea que «volvamos a casa».

¿Cómo respondemos a Su propuesta de gracia? Aceptamos Su incomparable ofrenda de amor —Jesucristo (Juan 8.24). Creyendo que Él es el Hijo de Dios, nos volvemos a Él arrepentidos (Lucas 13.1–5) y somos bautizados en el para el perdón de nuestros pecados (Mateo 28.18–20; Hechos 2.38–39). En esta sepultura morimos al pecado, y en un nuevo nacimiento somos resucitados a una nueva vida (Juan 3.3–5; Gálatas 3.26–29; Romanos 6.1–12). Habiendo confesado nuestra fe en Cristo de este modo, sabemos que seremos confesados por

Él delante de *nuestro* Padre que está en los cielos (Mateo 10.32–33). En Cristo hemos llegado a ser una «nueva creación» de Dios.

De modo que si alguno está en Cristo, *nueva criatura* es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados (2 Corintios 5.17–19a; énfasis nuestro).

La transacción se ha hecho. El plan de Dios de ofrecer a Su Hijo en sacrificio por nuestros pecados se ha cumplido gloriosamente. Cuando aceptamos el ofrecimiento de Dios de reconciliar «consigo al mundo», Él llega a ser nuestro Padre espiritual a través de Su Hijo Jesús. ¡Cuán grandiosa esperanza para nuestro destino eterno! Siendo el Padre espiritual nuestro Soberano, y Jesús nuestro Salvador, Hermano y Amigo, llegamos a ser parte de la obra de Dios que es tan sobrecogedora que todas las criaturas inteligentes de la totalidad del cosmos se llenan de asombro ante la sobrenatural sabiduría de Dios. Efesios 3.10–12 dice:

Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor, en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él. ■

Lo que se debe pensar acerca de Dios

«Hay personas que se quejan de que Dios ponga espinas en las rosas, mientras que otros lo alaban por poner rosas en medio de las espinas».

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados